

El flautista de Harvard

Kenya Bello

SI ALGUIEN PUEDE SEDUCIR lectores, es el historiador Robert Darnton, porque ha cultivado la capacidad de dirigirse simultáneamente a legos y pares sin perder profundidad. La más reciente traducción al español de este profesor de Harvard ratifica que escribe para acercar mundos, no para mantenerlos separados, como mostró en *La gran matanza de gatos* (FCE, 1987), *Edición y subversión* (FCE-Turner, 2003) y *El negocio de la ilustración* (FCE-Libraria, 2006). Ahí donde podría parapetarse en reflexiones complicadas, recurre a imágenes, anécdotas o ejemplos que explican de manera puntual cuáles son las aspiraciones de la historia en general, y de la cultural en particular, al tiempo que manifiesta cuáles pueden ser sus aportaciones a la comprensión de las sociedades pasadas y presentes.

Y lo logra porque no trata de definir la cultura por sí misma, sino de entender en qué condiciones trabajan quienes la producen y cuáles son sus medios de circulación. De ahí que le interese explicar el papel de diferentes mediadores culturales: escritores, editores, libreros, periodistas, directores de cine y productores de televisión. Se pregunta: ¿cómo ejercen su profesión?, ¿qué efectos tienen sus condiciones de vida sobre sus creaciones?, ¿qué nos dicen dichas creaciones sobre los grupos sociales que las consumen?

Como es natural, sus respuestas han salido por distintos cauces, pues para lograr comunicarse con ambos públicos es necesario cambiar de registro, cubrir distintos frentes. El resultado han sido textos disímbolos que algunas veces fueron escritos para publicaciones comerciales, de circulación masiva, y otras más para revistas académicas. *El beso de Lamourette*





compila escritos de los dos tipos, publicados en los años setenta y ochenta, y los organiza en cinco secciones, que delimitan las fronteras entre los 15 ensayos del volumen. Dichas delimitaciones ofrecen una guía al lector, al proponerle una clasificación de los intereses intelectuales de Darnton: las disquisiciones historiográficas sobre la cambiante relación entre pasado y presente; la historia de los medios de comunicación; la historia del libro y de la lectura; la historia cultural, y finalmente, el diálogo de la historia con la sociología, la antropología y la literatura.

A pesar de su amplitud, el eje que contiene la reflexión es la capacidad humana para crear símbolos, para comunicar. De ahí que a Darnton le interesen los distintos soportes comunicativos: las notas periodísticas, los documentales televisivos, los debates sobre una película, los productos editoriales del siglo XVIII y del XX. Asimismo, la vitalidad de su análisis se debe en gran medida a que recurre a estas fuentes heterodoxas, que la historia cultural ha ido normalizando cada vez más, y con el mismo gesto cuestiona visiones tradicionalistas del quehacer histórico. Seguramente los colegas que lo piensan en su dimensión puramente textual arquearán la ceja y se aprestarán a discutir. Por suerte, si las investigaciones de Darnton han contribuido a algo, es a modificar esa visión tan árida de la prueba histórica.

Es importante aclarar que varios de los temas propuestos en los ensayos no son novedosos: han sido recurrentes en el quehacer intelectual de este historiador. En este libro se nos presentan a destiempo, con un desfase de 20 años en la traducción. De ahí que no sea la primera vez que los hispanohablantes conozcamos sus análisis de la revolución francesa, ni del mundo editorial galo en el siglo XVIII. Sin embargo, en esta ocasión toca aspectos de un interés más general, por ejemplo, al explorar los debates que se produjeron en el bicentenario del estallido social de 1789, o cuando

le discute a la historia literaria el hecho de que no haya grandes hombres ni grandes libros.

En esa misma dirección, quienes se han preguntado qué es la historia del libro encontrarán buenas respuestas condensadas en un solo artículo y valorarán la habilidad de Darnton para interrogar los procesos editoriales con la experiencia de quien ha estado dentro y fuera de ellos. Su aproximación a la enciclopedia de Diderot y D'Alambert no sólo es memorable por la riqueza documental, sino porque desmitifica la imagen que tenemos de los ilustrados y de su libro arquetípico: Darnton muestra que no fueron criterios puramente intelectuales ni el amor al arte lo que permitió la circulación clandestina del pensamiento ilustrado en el siglo XVIII.

Del material inédito, el ensayo más novedoso, y por mucho el más atractivo, es el que narra con ojo etnográfico cómo era la redacción del periódico *The New York Times* a principios de los años sesenta. Acompañamos a los reporteros en la ruta cotidiana que deben seguir para lograr la publicación de sus notas y nos metemos hasta el baño, donde tejen sus mejores alianzas y conspiraciones laborales. La descripción es tan cercana porque Darnton conoció esa dinámica de primera mano, en los días en que ejerció el periodismo, antes de trabajar como investigador y docente. Ya sabemos que es especialista en la historia francesa; lo que no es común es que se pronuncie sobre la cultura estadounidense, que mire con distancia lo que le resulta familiar.

Otro momento bastante atípico es cuando el autor se acerca a la edición académica desde su experiencia como miembro del consejo editorial de la universidad de Princeton. Su interés manifiesto fue redactar una guía para que los académicos lograran ser publicados. El resultado es un testimonio elocuente, y no menos gracioso, sobre las políticas editoriales en el mundo universitario de los años ochenta.

Cierra el volumen un balance más académico sobre el área de aplicación y los avances de la historia cultural. Ahí es posible captar los debates en los que este pionero en la historia del libro ha incursionado, en particular su diálogo permanente con la historiografía francesa. Vemos aquí a un Darnton que no se detiene ante las fronteras disciplinarias: toma lo que necesita, ahí donde lo encuentra.

Antes de hojear estos ensayos me pregunté: ¿por qué traducir un libro tan viejo? ¿Para justificar la existencia de la historia cultural? Pero si ya tiene más que ganado su reconocimiento: se ha vuelto la niña mimada de la historia. ¿No nos metemos el pie a nosotros mismos al traducir vejestorios científicos? Probablemente. Pero la lectura del volumen matizó mi opinión, y al final me dejé llevar por el encanto que el flautista de Harvard exhibe para pensar y escribir la historia: ahí está su principal atractivo. ■



Robert Darnton

El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural

Trad. de Antonio Saborit, Buenos Aires, FCE, Historia, 2010, 375 pp.